

concepción y ejercicio de la dignidad episcopal. Previamente, en el capítulo 1 se han tratado aspectos constitutivos del episcopado tal y como aparecen en textos antiguos de naturaleza biográfica y hagiográfica, relativos a la caridad y la atención a los pobres. Quizás hubiera sido enriquecedor para el autor recurrir a una metodología comparada con otros estudios monográficos sobre obispos y arzobispos de la época (recordemos los de García Oro para Cisneros, Tellechea para Carranza, o González Novalín para Fernando de Valdés, entre otros), o recurrir a la documentación de los archivos eclesiásticos toledanos; ello hubiera permitido un contraste entre el nivel de los discursos y los debates, de entonces y de

ahora, con datos y puntos de referencia que podrían haber redimensionado algunas de las conclusiones.

En definitiva, nos encontramos con una aportación valiosa para la historia de la espiritualidad en la España del siglo XVI que viene a cubrir uno de los varios espacios que todavía nos restan por explorar. Sin duda, la elaboración de estudios monográficos resulta la vía más adecuada para solventar de manera concreta las muchas dudas y cuestiones que todavía están pendientes de aclarar y explicar.

Rafael M. PÉREZ GARCÍA
Universidad de Sevilla

RUIZ, Teófilo F., *A king travels. Festive traditions in late medieval and early modern Spain*, Princeton, Princeton University Press, 2012, 356 págs., ISBN: 978-0-691-15358-2

En una de las etapas de su largo viaje por Italia, Alemania y los Países Bajos, el príncipe Felipe fue agasajado en agosto de 1549 por su tía María de Hungría en su castillo en Binche (Hainaut, Flandes), donde se desarrollaron justas y torneos que se hicieron célebres por su esplendor. Algunos de aquellos lances reprodujeron pasajes del *Amadís de Gaula*, lectura que tan del gusto de Felipe era, y el joven príncipe encarnó convincentemente al héroe y, así, logró arrancar la espada clavada en la piedra. Años después, en 1638, Felipe IV y miembros principales de la corte asistieron al Carnaval organizado por la villa de Madrid y, a la caída de la tarde, de vuelta al palacio del Buen Retiro, se representó un entremés en el cual varios cortesanos, empezando por el

Conde Duque de Olivares, interpretaron diversos papeles.

Ambos episodios ilustran varios de los temas y cuestiones a los que Teófilo F. Ruiz dedica su amplio estudio sobre las tradiciones festivas españolas en la baja Edad Media y en la Edad Moderna. Los festejos de Binche, en particular, son objeto de repetida atención a lo largo del libro, como también lo son otros tres acontecimientos: la entrada de Alfonso XI en Sevilla en 1327, las fiestas en Valladolid en 1428 por la entrada de la infanta Leonor, prima de Juan II, y el viaje de Felipe II a los reinos de la Corona de Aragón en 1585. Todos ellos jalonan el estudio de Teófilo Ruiz, quien extrae de los mismos sendos rasgos políticos y culturales que caracterizan al conjunto de

su libro: la entrada sevillana de Alfonso marcó la pauta de este tipo de acontecimientos para el futuro, y por ello la considera “icónica”; las fiestas vallisoletanas mostraron el grado en que las facciones cortesanas del momento recurrían a tales despliegues como otro campo donde dirimir sus rivalidades y el periplo oriental de Felipe II puso claramente de relieve la naturaleza compuesta de sus dominios y el distinto alcance que en ellos tenía la potestad real.

Queda así dibujado un período histórico significativo, que abarca desde el siglo XIV a la primera mitad del XVII, un período que salva las tradicionales fronteras entre Edad Media y Edad Moderna, tal como el propio autor efectuó ya, también con éxito, en su *Historia social de España, 1400-1600* (Crítica, 2002; ed. or., 2001). Y con la misma ambición de cubrir temas que los historiadores suelen tratar de modo separado, Ruiz se interesa por Castilla, la Corona de Aragón, Portugal, Flandes e Italia, dominios que analiza a la luz de las corrientes europeas coetáneas, que tan bien conoce. De esta manera, la entrada de Alfonso XI en Sevilla se ve acompañada por la coronación de Alfonso IV en Zaragoza el mismo 1327, por la entrada de Felipe IV de Francia en París en 1328 o la de la reina Isabel de Baviera, también en París, en 1389.

Las razones para iniciar su estudio en las décadas centrales del siglo XIV residen en dos planos: con carácter general, los cambios sociales y culturales experimentados por Castilla una vez consolidada la reconquista de gran parte de Andalucía y el subsiguiente papel desempeñado en las ciudades por la caballería villana (temas que abordó en *Heaven to earth. The reordering of Castilian society, 1150-1350*, Princeton, 2004); y, con

carácter específico, la creciente complejidad que las festividades revistieron y, más en particular, los nuevos estilos de la cultura escrita y la aparición de crónicas reales y relaciones de festejos asimismo más pormenorizadas.

Las entradas reales en ciudades, las fiestas y sesiones teatrales en las cortes y los rituales políticos en general despertaron un renovado interés a inicios de la década de 1980 y fueron terreno abonado para una fructífera confluencia interdisciplinaria de perspectivas: historia, historia del arte y de la literatura, antropología cultural y semiótica. El propio Teófilo Ruiz contribuyó a ello, con unos influyentes artículos sobre los inestables ritos de coronación y sobre torneos y otras fiestas en la monarquía castellana del siglo XV. De entonces para acá, ha seguido cultivando y ampliando este campo de estudio, que a su vez, ha conocido un gran empuje en general y fruto de todo ello es este volumen. Pese al amplio alcance del mismo, el autor advierte que no pretende ofrecer una historia total de las festividades, sino una selección de casos (selección que, en realidad, es muy amplia), casos que, situados en sus debidos contextos políticos y culturales, resultan, afirma, altamente significativos para conocer la vida política y las luchas por el poder de aquellas sociedades. No presenta tales casos por orden cronológico, sino temático, con frecuentes alusiones a otros episodios, anteriores y posteriores, con propósito de desplegar la evolución de cada uno de ellos en la larga duración.

Desgrana en capítulos sucesivos sus diversos temas: entradas reales y visitas principescas a ciudades, viajes reales, torneos, pasos de armas y justas caballescadas, bodas dinásticas, coronaciones y, con menor extensión, autos de fe, canonizaciones, carnavales, el Corpus Christi

y otros. Las entradas de virreyes en sus capitales provinciales, objeto últimamente de notable atención, quedan fuera de alcance. En todos los casos tiene especial interés en no descuidar al público asistente, una presencia que, admite, resulta huidiza, pues cronistas y relaciones de fiestas la silenciaban o se contentaban indicando, de manera casi convencional, que la muchedumbre abarrotaba calles y plazas.

Tres de los nueve capítulos están destinados a entradas y viajes reales, por la riqueza documental disponible y, sobre todo, porque, según explica, estos actos compendian el conjunto de ingredientes festivos, toda vez que reunían elementos oficiales y populares, sacros y profanos, formales y lúdicos y que, además, lograban conjugar hábilmente la pauta repetitiva propia de todos los rituales con la flexibilidad necesaria para su adaptación a cada circunstancia concreta. Son estos viajes reales los que dan pie al sugerente título del libro. De entre ellos destacan por encima de todos los de Felipe II, quien aparece –como también en otros autores– mucho más viajero de lo que la manida estampa de rey sedentario da a entender. Ruiz afirma que las experiencias viajeras de Felipe II (a Flandes, por Castilla, a la Corona de Aragón) le han servido como piedra de toque y como lentes de aumento para sus propósitos (pp. 9, 332-333) y, por ello, ofrece al lector una síntesis inicial de su reinado, cosa que no hace con ningún otro, aunque Alfonso XI y Fernando de Antequera reciben asimismo notable atención. Si el libro prima los viajes e itinerancia de reyes, reinas y príncipes, también constituye, en buena medida, un viaje por la dilatada obra del autor. A lo largo de sus páginas desfilan temas que Teófilo Ruiz ha ido estudiando en el cur-

so de los años y detalladas referencias a publicaciones suyas anteriores, que aquí encuentran contexto, desarrollo y algún matiz ocasional.

El autor hace acopio de información en numerosas crónicas históricas oficiales u oficiosas de los sucesivos reinados (campo en el que señala la riqueza de Castilla, que dispone de las mismas de modo ininterrumpido desde el reinado de Alfonso X), crónicas municipales, relaciones de fiestas y viajes, libros de protocolo y de solemnidades de una u otra ciudad. Algunos textos le merecen una atención especial, como la *Primera crónica general*, la *Crónica* de Ramon Muntaner, los *Hechos del condestable Don Lucas Manuel de Iranzo*, el *Felicísimo viaje* de Juan Cristóbal Calvete de Estrella o las relaciones de Henrique Cock sobre Felipe II. Por otro lado, y según advierte, no acude a las fuentes archivísticas municipales (p. 31), fuentes que, por lo demás, conoce de primera mano. Esta opción le asegura una notable homogeneidad en sus fuentes, la mayor parte impresas, pero, al mismo tiempo, plantea posibles problemas para establecer la relación entre lo que las crónicas dicen y lo que realmente sucedía en la calle. Teófilo Ruiz es plenamente consciente de esta cuestión. Ya en las páginas iniciales observa que lo que el lector encuentra en esas fuentes son, casi siempre, representaciones de la realidad, más o menos distorsionadas, pero, aún así, elocuentes. Y no ignora que, a veces, arcos triunfales y demás piezas de arte efímero descritos en las relaciones no fueron en realidad levantados. Es asimismo consciente del factor de intermediación que cronistas y autores de relaciones desempeñaban, motivo por el que presta atención al lugar que los mismos ocupaban en su sociedad y también a si

habían estado presentes en los episodios narrados o no.

En su análisis de esa copiosa masa informativa, Ruiz cuestiona y aún rechaza dos perspectivas presentes en la bibliografía: la funcionalista y la realista (propias, según él, de autor tan influyente como Roy Strong). En las fiestas, advierte, subyacían muchos más elementos que un simple despliegue del esplendor del mundo oficial. Más aún, insiste en que esas festejos eran también ocasiones para la contestación, lugares, pues, aptos tanto para el ejercicio del poder real como para las críticas al mismo, y se esfuerza por hallar muestras o, por lo menos, indicios de estas últimas. Para ello, se pertrecha con un bagaje teórico y metodológico muy acreditado: la descripción densa de Clifford Geertz es invocada diversas veces, así como la imagen del bricolaje cultural, de Claude Lévi-Strauss. No en vano Ruiz señala que muchas de las cuestiones abordadas tienen su génesis en el célebre Davis Seminar de la Universidad de Princeton. Y para poder desentrañar las capas de significado que se superponen en aquellas relaciones, recurre asimismo a Mijail Bajtin (acerca del cual, no obstante, manifiesta algunas reservas en p. 264), Julio Caro Baroja, Natalie Z. Davis, Norbert Elias, Carlo Ginzburg, Martí de Riquer y otros. También se vale de comparaciones con ceremonias y festejos contemporáneos, bien de su infancia y juventud, bien de la actualidad, evocaciones a las que recurre con mayor frecuencia y efecto en su reciente *The terror of history. On the uncertainties of life in Western civilization* (Princeton, 2011). Pero es sobre todo Johan Huizinga y, en menor medida Jacob Burckhardt, quien, con su sutil análisis de las relaciones entre ficción y realidad, le inspira para el conjunto del libro (pp. 54, 194).

Descifrar los rituales, desentrañar significados e intenciones son sus propósitos analíticos principales. Al mismo tiempo, admite la fuerza plástica y expresiva de muchas de aquellas descripciones. Y observa que en ese mismo detalle reside, a veces, la clave para tales análisis. Así pues, sea por este motivo, sea por el encanto mismo que les reconoce a tales descripciones, Ruiz reproduce frecuentemente enumeraciones diversas (dignatarios, palios, ornamentos, tejidos, colores, pasos procesionales), no sin disculparse, más de una y dos veces, por hacerlo. Y así, el lector puede informarse sobre los nueve o diez mil huevos cocidos que fueron lanzados como proyectiles en el Carnaval de Jaén de 1463, las ciento sesenta y una agrupaciones civiles y religiosas que desfilaron en una festividad de Corpus en Barcelona a finales del siglo XV, los cincuenta tipos de repostería que las monjas de un convento de Tordesillas ofrecieron a Felipe II en 1592 y otros muchísimos detalles.

Tales enumeraciones no distraen al autor de sus propósitos mencionados, a los que vuelve una y otra vez. Y, así, va identificando diversos temas y causas subyacentes: influencia de la literatura caballeresca sobre la vida cortesana, especialmente en la corte de Juan II de Castilla y Álvaro de Luna; combinación de raíces autóctonas y de influencias extranjeras, visibles las primeras sobre todo en los ubicuos juegos de cañas y en rasgos musulmanes y moriscos (cabalgar a la jineta, bohordar) y las segundas en la temprana llegada de estilos borgoñones y la posterior decisión de Felipe II de adoptar la etiqueta de aquella Casa (tema este último que ha sido objeto de importante bibliografía que el autor apenas incorpora); creciente separación física y política de los reyes en su presencia en las fiestas,

desde la plaza al balcón; participación del mundo de la elite en fiestas de origen popular y consiguiente neutralización del potencial subversivo que aquéllas pudieran tener; escaso papel organizativo y político del clero en toda esa variedad de actos, reflejo de la supeditación al que la corona logró someterlo; carácter poco sacral de los rituales de acceso y coronación (debate que, tras sus nuevas aportaciones en *From heaven to earth*, considera ahora un tanto tedioso, p. 316); limitaciones del absolutismo real en España.

Este último tema requiere un comentario particular. Teófilo Ruiz hace suyos correctamente los enfoques desarrollados en tal sentido de un tiempo acá y quiere confirmarlos a través de lo que los relatos de los viajes de Felipe II a la Corona de Aragón en 1585 y a Aragón en 1592 (del mencionado Cock y de Jean Lhermite) puedan aportar en ese sentido. En las ceremonias de bienvenida encuentra diversas muestras de dificultades políticas del rey frente a las autoridades municipales de Zaragoza y Barcelona y frente a las Cortes de aquellos reinos, lo que le lleva a insistir en las penalidades y decepciones sentidas por un Felipe envejecido, en expreso contraste con el prometedor esplendor juvenil de Binche (cap. 5). Es aquí donde el autor encuentra los casos más claros de los espacios que festividades y ceremonias ofrecían para la contes-tación. Sin embargo, si bien el libro en su conjunto muestra, con creces, tanto la utilidad de los textos en que se basa como la fina sensibilidad de Ruiz en analizarlos, este aspecto concreto, en cambio, pone de relieve las carencias de esos relatos como fuente privilegiada, cuando no única, para el conocimiento de la realidad política. Como resultado, no pocos detalles en las recepciones dispensadas a Felipe II aparecen como signos evidentes

(demasiado evidentes) de conflicto y presagio de crisis futuras y las relaciones del Prudente con sus súbditos de la Corona de Aragón aparecen como excesivamente sombrías desde buen inicio.

Vemos, pues, que las crónicas y descripciones de viajes y festejos permiten conocer al menos tres temas estrechamente interrelacionadas: el propio género cronístico, las festividades descritas y el mundo político y cultural que se atisba desde las mismas. Teófilo Ruiz maneja las tres con buen pulso y ello le lleva a señalar que los cambios más significativos en la evolución de esas festejos a lo largo del periodo estudiado no radican tanto en sus contenidos ni en los contextos en los que se inscribían, sino sobre todo en la manera en que fueron anotados y percibidos, es decir, en la representación escrita de los mismos (pp. 49-50, 54, 83, 103). Y en el apartado de conclusiones, breve, en consonancia con sus planteamientos metodológicos y con su advertencia sobre la necesidad de evitar interpretaciones omnicomprendivas (p. 159), Ruiz regresa a una de las preguntas clave planteadas en el libro: la de quién sacó realmente provecho de esos festejos. La pregunta no recibe una respuesta unívoca, a causa —explica— de la multitud de actores y voces que se encuentran en ellos y al hecho de que las clases populares bien pudieron encontrar en los mismos un alivio momentáneo a las dificultades de su vida cotidiana. La prudencia en las conclusiones es un buen complemento a la riqueza informativa y analítica del libro, el cual, por todo ello, se erige como referencia de primer orden en la creciente bibliografía sobre el tema.

Xavier GIL
Universitat de Barcelona